

SILVESTRE
VILAPLANA

EL TRIÁNGULO ROSA



1
EL SECRETO



Tengo un gran secreto, un secreto extraordinario que me fuerza a ser un mentiroso.

No soy un embaucador cualquiera que estafa a los demás en beneficio propio, sino algo completamente distinto. Mi engaño es una necesidad que me obliga a vivir una vida que no es mía. Y lo hago muy bien. No conozco a nadie que mantenga una ficción con tanta habilidad. No solo digo cosas que no son ciertas. De hecho, nada de lo que hay en mi existencia es cierto.

No me arrepiento. Nunca. En ningún momento. Hago lo que tengo que hacer. No es que sea una mala persona ni que me vea incapaz de saber qué está bien y qué no lo está. En mi caso, la mentira es pura supervivencia. La única manera de poder resistir, dadas las circunstancias que me rodean.

Y vivo así, día tras día. No quiero pensar qué ocurrirá más adelante, cuando me haga realmente mayor y tenga una vida de adulto. Sé que dieciséis años no son muchos, pero me cuesta imaginar una existencia

fuera de los parámetros en los que ahora me muevo. Ni siquiera pienso en qué ocurriría si se descubriera quién soy de verdad. Las consecuencias serían tan terribles que, si en alguna ocasión lo imagino, el corazón me late desbocado e, incluso, tiemblo. Por eso, trabajo cada día y cada hora mi papel como actor de una película eterna, porque estoy convencido de que, si me mantengo firme, nada podrá delatarme nunca. Afortunadamente, me gusta el cine. En casa tenemos una buena colección de vídeos antiguos; imito a los actores a la perfección y uso lo que aparece en la pantalla para salvarme en este universo de fingimientos que es mi vida.

Hace tiempo que dura la pantomima y la tengo controlada. Pero a veces las cosas se complican un poco y temo ser descubierto. Como esta misma noche, en la que el peligro es precioso y tiene nombre de mujer.

Es sábado, es tarde y todos hemos bebido más de la cuenta. El fin de semana tiene eso, la sensación irreal de que el mundo puede ser de otra manera. Siempre pienso que me gustaría vivir en un mundo de cuento de hadas. No tener que ir a esa mierda de instituto, no tener que engañar nunca a nadie. Atravesar la vida sobre un sueño etílico en el que los sentimientos están adormecidos y nada importa. Pero las cosas son como son, y no quiero convertirme en un alcohólico o tomar drogas y acabar como un deficiente mental que solo se siente feliz si va colocado. Yo soy mucho más fuerte que todo eso. Hace tiempo que entiendo mi problema

y navego por encima como un surfista experto sobre las maravillosas olas de Hawái.

Pasamos la velada en el local destartado de un colega. Eso significa bebida en abundancia, música en un viejo reproductor y largas conversaciones. Mi amigo Iván hace rato que se ha escabullido con Marga buscando unos momentos de intimidad lejos de las miradas curiosas de los demás. Se veía venir. Pero, a pesar de las deserciones de primera hora, todavía somos un montón los que resistimos entre vasos de cerveza cada vez más caliente y ginebra mezclada con cola.

El problema de hoy se llama Nuria y es guapísima. Todos saben que hace mucho tiempo que dije que estoy loco por ella. No lo he ocultado nunca, todo lo contrario. De hecho, he proclamado muchas veces que ella era mi gran amor, que era ella o nada, que no saldría con otra mujer que no fuese la bella Nuria de ojos claros y dulce sonrisa. Y estoy seguro de que ella está al corriente de lo que he confesado en público en más de una ocasión. Pero hasta ahora ella tenía novio, un chaval que cursaba primero de Empresariales en la universidad.

Esta noche, Nuria ha venido con una amiga que parece que la ha arrastrado hasta nuestro grupo. Yo no lo sabía, pero hace más de un mes que lo ha dejado con su pareja tras una mala temporada, y la situación me ha pillado desprevenido.

La he evitado un par de veces y le he propuesto a Iván marcharnos a otra parte. Le he dicho que podríamos buscar a alguien que nos llevara a la ciudad,

dejar estas charlas de pueblo con pretensiones y aspirar a unas tías de verdad, quizás incluso que sean guiris. Pero Iván ha pasado de mí. Marga le lanzaba unas sonrisas tan empalagosas y evidentes que daban angustia. Parecía una gata en celo dándole vueltas a Iván. Y él solamente tenía ojos para el escote generoso de Marga. He ido a tomarme una copa bien cargada de ginebra. Lo necesitaba.

A medianoche coincidimos Nuria y yo, a solas. La amiga nos ha dejado juntos con una sonrisa de complicidad. Todo estaba preparado y me he visto en medio sin esperarlo. He sonreído, complacido. Sé qué tengo que hacer y, tras un inicio dudoso, me he sentado con Nuria y he estado un buen rato de palique con ella. Parece que le gusta lo que le digo. Mis historias la iluminan y he pensado lo imbécil que tiene que ser su ex si deja ir a una chica tan fantástica como ella. Mientras charlamos, miro de reajo a los demás. De espaldas a ella, me sonríen y me dirigen gestos de ánimo; saben que estoy con la mujer de mis sueños y todo parece dispuesto para que la noche acabe perfectamente.

Tras beberme otra copa para armarme de valor, le he sugerido buscar un lugar más discreto donde poder charlar con tranquilidad. Ni siquiera la excusa es original. Hace cerca de una hora que hablamos sin ser molestados y me he arriesgado a una negativa o a un «es-demasiado-pronto-acabo-de-cortar». Pero Nuria me ha sonreído y me ha dicho que sí. Resulta curioso cómo nos gusta disimular nuestros pensamientos con

otras palabras, *eufemismos* creo que se llaman. En el fondo, disfrazar la verdad, como hago yo siempre.

PREGUNTA: ¿Quieres que vayamos a charlar a otro sitio?

SIGNIFICADO: ¿Quieres que nos enrollemos?

RESPUESTA: Sí, estaremos más tranquilos.

SIGNIFICADO: Vale, besémonos, metámonos mano, enrollémonos.

Sé dónde podríamos ir. Todos conocen un lugar donde no ser molestados en determinadas circunstancias. La gente se las arregla para encontrar intimidad. A veces me pregunto cómo se lo montan los jóvenes en ciudades enormes como Nueva York para conseguir un rinconcito discreto en el que quererse.

De camino, le tomo la mano y ella se deja. No sabía si la aceptaría, sobre todo porque con los nervios la piel me suda un poco. Caminamos juntos, pero me siento más incómodo a cada paso. La sudoración aumenta, y, sin embargo, no quiero soltarla. El tono del móvil me salva. Es un mensaje de Iván. No sé cómo, pero ya se ha enterado de que estoy con Nuria y, por un instante, ha dejado de lado a Marga para enviarme esto.



El mensaje es una broma de las tuyas, un conjunto de iconos del WhatsApp.

Una referencia sexual que me hace sonreír, pero que no puedo explicarle a Nuria.

—¿Quién es?

—Nada, cosas mías —le digo, sonrojado—. Un mensaje de mi madre.

Ella no me cree. Estoy seguro de que, al verme la cara, ha entendido de qué iba el mensaje. Pero no ha insistido, quizás ni le importa. Se nota que quiere colaborar para que todo vaya bien.

Nos detenemos un instante. Es el momento. Los labios de Nuria están pintados de rojo, de un color intenso que le da a la boca el aspecto excitante de un anuncio de televisión, y están muy cerca de los míos. Tanto que puedo sentir su aliento cálido acariciándome la piel de la mejilla. Nos hemos quedado en silencio. Es lo que yo había dicho que quería, ¿no? Es lo que he admitido en más de una ocasión delante de todos con voz engolada y mirada baja, tal como se confiesan las verdades más profundas.

Pongo la mano en los cabellos de Nuria. Los siento extremadamente suaves y me lleno con el dulce aroma de su perfume. La miro a los ojos. Sus pupilas claras me reflejan y ambos sabemos qué pasará.

A nadie le puede extrañar. Ahora ella está libre y todo el mundo sabe que yo he dicho en más de una ocasión que la adoro, que no quiero a otra, que me reservaba para ella a pesar de los intentos de otras chicas para seducirme. Soy hombre de una sola mujer: Nuria. Y ahora la tengo a mi alcance.

Traslado la mano a su mejilla y le noto la piel como de seda. Nos miramos un instante y percibo que cierra un poco los ojos y abre los labios. Está preciosa, nunca la he visto tan bella.

Lentamente, acerco los labios y la beso. La lengua de Nuria busca la mía para iniciar el juego. Mi cuerpo y el suyo encajan de forma perfecta en el abrazo y siento la redondez de sus pechos presionando afectuosamente contra mí.

Y entonces me siento mal. Todo lo que he bebido se me revuelve en el estómago. Me aterra vomitar sobre Nuria. Me aparto de forma precipitada y puedo leer el desconcierto en sus ojos claros.

–No me encuentro bien –le digo–. Lo siento mucho.

Me voy deprisa y la dejo sola en medio de la noche. Camino a casa, mientras lo recuerdo, no puedo resistir más y vomito. Me siento fatal y tengo ganas de llorar. Mi mentira está en peligro.

¡MUJERES, MUJERES!



Reconstruyamos la mentira. Afortunadamente, tengo mucha imaginación y soy capaz de rehacer una y otra vez mi historia, de dotarla de nuevos argumentos, de enriquecerla, de mejorarla. Y he tenido todo el domingo para pulir los detalles y forjar una nueva construcción, en apariencia, perfecta. Me ayudan los mil argumentos de las películas que he visto y de los libros que he leído.

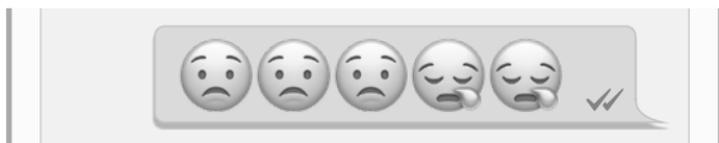
Con el tiempo, he descubierto que en realidad a nadie le importa lo que dicen los demás. La memoria para los problemas y acontecimientos que no son nuestros es escasa. Todo lo que no nos afecta en la propia piel lo ignoramos. Apenas nos lo cuentan, se nos olvida y juzgamos lo que tenemos delante según los últimos hechos que recordamos. Nadie nos lleva más atrás y desvela las contradicciones. Pienso que tal vez por eso los políticos sobreviven sin grandes problemas. Tal vez por eso sobrevivo yo también.

A mediodía del domingo, tengo el móvil lleno de mensajes y he tenido que contestarlos. En la mayoría

de ellos me preguntan cómo ha ido el asunto la noche anterior, hay muchos iconos de enamorados, de ojos cerrados y algunas caras riendo.



He contestado que estoy enfermo y que las cosas no han salido demasiado bien. Estoy preparando el terreno. Pongo muchas caritas tristes en WhatsApp.



En casa, como siempre. Mis padres no se dan cuenta de nada. Si estoy presente en las rutinas cotidianas, si respondo lo que ellos quieren oír, si pongo buena cara, me dejan en paz y son felices.

—Daniel, ¿ya has estudiado?

—Sí, me lo sé todo. Solo tengo que repasar un poco más, y listo.

Sonrisa de mi padre.

—Te lo tienes que comer todo.

—Sí, mamá. Está muy bueno.

Sonrisa de mi madre.

Todos contentos, y yo, tranquilo. No es que no quiera a mis padres, ni que me guste engañarlos. Es que los encuentro muy previsibles; básicos, diría yo. Son un

poco mayores y están educados a la antigua. «Las cosas son como son» y «¡porque sí!» son las grandes máximas de la familia. Si tuviésemos un escudo familiar, en él tendría que figurar con letras de oro la leyenda «Antes eso no pasaba».

Ni siquiera los culpo por ser así. Es su vida y la viven como quieren. El problema es que no entenderían nunca la mía, sobre todo mi padre.

Lunes, a primera hora. Iván, sonriente, en la puerta del instituto.

—¿Te la has follado?

Pregunta directa. Sin preámbulos. Somos machos que hablan como machos. La poesía: ¿qué es eso?

—No. —Pongo cara compungida—. La cosa fue fatal.

—¿Por qué? ¿Es una estrecha?

Para Iván, las mujeres se dividen en dos categorías: las estrechas y las demás. No importa la edad ni la condición. La palabra *estrecha* parece el peor insulto que puede recibir una integrante del sexo femenino porque con tal actitud perjudica a la parte masculina de la especie. Además, cuando las cosas están bien clasificadas, son más fáciles de encontrar y un mundo bien organizado es más sencillo de entender.

—No. Es que iba pasado de alcohol. Casi le vomito encima.

Iván se muere de risa y me da una palmada en el hombro.

—¡Mira que eres capullo, Dani! Tienes a la mujer de tu vida a mano y se te ocurre ponerte pedo.

—No es solo eso.

–¿Ah, no?

–Nuria no es como esperaba.

–Pues está muy buena.

–No me refiero a eso. Cuando hablas con ella, te das cuenta de que es un poco creída y estúpida –con cara seria–. No es como me imaginaba.

–Te calientas demasiado la cabeza. Esperas demasiado de las tías. No sé, toda esa historia sentimental está muy bien, pero, antes de darle vueltas, te la tendrías que haber follado.

Y punto final a la conversación, como si esa palabra mágica fuese la puerta de entrada y salida de la cueva de Alí Babá, la piedra filosofal que mueve el mundo. Vamos a clase.

Durante el recreo nos sentamos cuatro amigos en un escalón de uno de los extremos del patio del instituto. Tengo bien preparada la defensa, pero la curiosidad es una enfermedad contagiosa y debo eludir demasiadas preguntas sobre Nuria y la noche del sábado. Sé que hoy soy el núcleo de muchas conversaciones en el instituto y no sé qué contará ella, pero espero que sea benévola. Afortunadamente, Nuria va a otro centro y las versiones que lleguen desde allí no afectarán mi día a día. Y, al fin y al cabo, siempre puedo decir que está amargada porque al final no le hice caso, o puedo insistir en la idea de que es una creída insoportable y que no me extraña que su novio la dejara.

Por delante de nosotros pasa Marcos y aprovecho la ocasión para crear una distracción. Marcos es una presa fácil.

–Eh, Marquitos, mariconazo –le digo en voz muy alta cuando pasa por delante–. Mira para atrás y ve con cuidado, que vas perdiendo aceite.

Las risotadas de mis colegas me alivian la tensión y me alejan del centro de atención. Marcos no es gran cosa físicamente y sé que no me agredirá. No sé si realmente es gay, pero lo parece. Al menos se ha ganado la fama de serlo porque no es un gran macho dominante como nosotros. Va bien vestido y bien peinado, lleva gafitas, luce una cara eternamente blanca como la de un niño, no tiene pelos en el rostro y hasta se pone colonia. Por mí, perfecto.

Marcos susurra un «imbécil» en voz baja y continúa caminando después de lanzarme una mirada de odio.

En mitad de la clase entra la jefa de estudios y me llama. La he jodido.